

**La polémica Verón, Sebrelí, Masotta**  
**y la problematización de la literatura como objeto crítico**

**Vicenç Tuset Mayoral**

**Universidad Nacional de la Plata - CONICET**

**Resumen:**

La polémica entre Juan José Sebrelí, Oscar Masotta y Eliseo Verón representa un momento muy significativo del encuentro entre los paradigmas marxista y estructuralista para la historia intelectual argentina. El propósito que persigue nuestra ponencia es el de mostrar el modo en que el debate entre ambos programas tiene como consecuencia una pérdida de la centralidad de la literatura en los debates culturales que se sostenían en dicho campo intelectual. Mostraremos además como ese descentramiento repercute en la reconceptualización que sufren otras categorías tales como el concepto de alienación y la noción de vida cotidiana.

**Palabras Clave**

Estructuralismo – Marxismo – Crítica Literaria – Alienación – Vida cotidiana

La polémica que analizaremos a continuación se desarrolló inicialmente en el semanario uruguayo *Marcha* durante los meses de junio y julio de 1966<sup>1</sup>. La componen tres textos, y puede resumirse como sigue: En junio, Eliseo Verón publica “Muerte y transfiguración del análisis marxista”, artículo en el que según aclara él mismo se propone “considerar dos libros recientes de Juan José Sebrelí como objetos definidos en el contexto cultural de la comunicación de masas” (VERÓN, 1968: 229); se trata de *Buenos Aires vida cotidiana y alienación* y *Eva Perón, ¿aventurera o militante?*, títulos de gran éxito aparecidos en 1964 y 1966 respectivamente.

---

<sup>1</sup> Sin embargo, el texto de Oscar Masotta “Anotación para un psicoanálisis de Sebrelí” permanece inédito hasta la publicación de *Conciencia y Estructura* (1968) porque, como explica él mismo, “el gobierno de Onganía prohíbe la venta en Buenos Aires de la revista [*Marcha*], y pierde sentido entonces su publicación.” (MASOTTA, 1968: 196 n.)

El análisis crítico de Verón discrimina dos niveles de mistificación que operan en ambos textos: por un lado, el abordaje *mítico* al que Sebrelí somete a sus objetos -“mítico”, aquí, en el sentido barthesiano, al que Verón alude explícitamente-, o sea, el modo en que Sebrelí naturaliza un cierto estado de opinión sobre los objetos que lo ocupan sin advertir su carácter de construcción discursiva. Por el otro, la distancia entre el propósito metodológico que anima los dos libros -“*Análisis crítico, desmitificador, desde un punto de vista marxista, de ciertos aspectos de nuestra realidad social*”, según resume Verón (1968: 259-260)- y la concreción de sus resultados; distancia que cristalizaría en una *mitologización*, y por lo tanto en una neutralización, del método propuesto:

La cultura dominante de un país capitalista acepta y absorbe en su universalidad abstracta todas las tradiciones culturales, todas las formas del desarrollo intelectual; aun aquellas que, como el marxismo, ponen objetivamente en cuestión las raíces de esa cultura: la única condición que exige es su mitologización, la mutación de las operaciones reales del método en gestos de un mito. (VERÓN, 1968: 272-3).

Sebrelí responde muy pronto en el mismo semanario con un artículo que, desde su mismo título, reenvía la controversia a un marco mucho más general: “Verón: la ciencia oficial contra el marxismo”. A grandes rasgos, el texto de Sebrelí reproduce, efectivamente, el argumentario antiestructuralista que se había esgrimido en Francia, ya desde el marxismo ya desde el existencialismo, con dos ejes fundamentales: negación de la historia y antihumanismo. Aprovecha también para reivindicar su posición de “escritor marginal, que estuvo siempre contra la corriente” (SEBRELI, 1997: 186), y, con idénticos títulos, defiende su estilo ensayístico en contra de “las fórmulas herméticas de gabinete, [...] la jerga tecnicista [...] la nostalgia por el orden lógico-matemático que caracteriza al estructuralismo” (ibid.: 192); opciones retóricas, éstas últimas, a las que, bajo la lógica del compromiso, atribuye menor potencial político.

Frente a semejante intercambio, la intervención de Masotta tratará sobre todo de señalar los límites de una polémica que parecía insistir en la fuga. Y lo hará con una operación de sinceramiento sin reservas: “Sebrelí”, nos aclara “hablando latamente, dice más de lo que conoce” (MASOTTA, 1968: 249). Y aún:

Sebrelí ignora (y no hay razones de Estado para ocultar que yo no ignoro que Sebrelí lo ignora) el sentido y no sé si la distinción misma entre lengua y habla, entre código y mensaje, entre sistema y proceso, entre estructura y acontecimiento; y es seguro que jamás ha reflexionado sobre estas categorías, o esas parejas de opuestos, que la reflexión estructuralista “en abismo” descubre en los fundamentos de su conexión con el marxismo (MASOTTA, 1968: 249)

Pero la contundencia de Masotta no se agota en la denuncia. Su propósito apunta más bien a convertir esa “ilegitimidad” de los términos con que Sebreli plantea la discusión, en el objeto mismo de sus reflexiones. El juego de lo legítimo y lo ilegítimo tiene un sentido y una circulación precisa en el caso de Sebreli, que Masotta remite y condensa en “la figura sartreana del “bastardo” (MASOTTA, 1968: 253). El autor de *Buenos Aires...* fracasaría, entonces, en la medida en que se obliga en toda ocasión a “legitimar, más o menos graciosamente, más o menos burdamente, los productos borrosos de aquella ilegitimidad” (Íbidem).

Al mismo tiempo, el caso Sebreli representa *a fortiori* una circunstancia más general de la crítica, un modo de ser “sui generis” que es para Masotta:

El fermento, contradictorio a veces, pero otras no, que rige gran parte de las motivaciones que están detrás de gran parte de la producción intelectual contemporánea, y esto en una línea que va desde Le Roi Jones y Jean Genet a Roland Barthes y Lévi-Strauss (1968: 252).

En este contexto, la referencia de Masotta a Althusser y a su definición de “praxis teórica”, devuelven la polémica a su cauce internacional y acentúan su dimensión problemática y no clausurada, hurtándole el carácter maniqueo y a la vez particularista en que la había encerrado Sebreli.

Hasta aquí, entonces, un episodio de la historia cultural argentina, consagrado ya por sus historiadores<sup>2</sup>, en el que dos estilos polémicos -y tomamos aquí la palabra “estilo” en el sentido histórico, además de intelectual que le da Oscar Steimberg<sup>3</sup>- y dos modos de entender el estructuralismo, encuentran en Sebreli, no tanto a un adversario desde las filas del marxismo, sino más bien un pretexto para analizar la pertinencia del método en el análisis ideológico de fenómenos masivos (Verón) y su encaje conflictivo en un quéhacer, el de la crítica, atravesado por la condición de lo “sui generis” (Masotta).

Ahora bien, si nos detuviéramos en este punto deberíamos preguntarnos, con todo derecho, por qué hemos decidido analizar este debate en particular para incluir nuestros resultados en un volumen consagrado en exclusiva a las polémicas literarias. ¿No es muy tangencial la presencia de la literatura en todos estos intercambios? ¿No podría considerarse, en definitiva, que está ausente de ellos? Desde luego, no del todo. Dos de sus participantes, Sebreli

---

<sup>2</sup> Los tres textos se encuentran reproducidos íntegramente en el apartado antológico de *La batalla de las ideas*, de Beatriz Sarlo, bajo el epígrafe, justamente de “Estructurali y Marxismo” (SARLO, 2001: 354-376).

<sup>3</sup> “Eran los tiempos de los *grupos de estudio*, cuando el vínculo entre formación y pertenencia era el efecto político del ejercicio de una socialidad intelectual reinventada, agónicamente, en cada espacio discipular. [...] Los textos polémicos de los referentes grupales eran atendidos no sólo en términos de sus propuestas, sino también en tanto *escritura de referencia*: en cada caso, un estilo estaba confrontando con otros, aunque sólo se hablara en general de ideas y de perspectivas de investigación.” (SETIMBERG, 1999)

y Masotta, se desempeñaron inicialmente, y de un modo muy significado, en la crítica literaria; y aún dentro del marco mismo de la polémica, Verón incluye a “cierto estilo literario” en el “proceso de cambio, en curso actualmente, que afecta a las características superestructurales de la cultura de masas” (VERÓN, 1968: 261-262), y Sebrelí, por su parte, se propone a sí mismo como forjador de “una literatura, por llamarla de alguna manera, popular, que no sea una literatura de quiosco, que no sea manipuladora [...], una literatura que tienda un espejo donde las clases populares puedan verse reflejadas” (SEBRELI, 1997: 189). La literatura, ya lo vemos, está. Pero si descreemos de recuentos y recurrencias deberemos reconocer que está de un modo particular, subterráneo. Es precisamente sobre eso que queremos llamar la atención aquí; sobre el modo en que si bien, por un lado las antiguas querellas literarias pueden ser retrazadas con paciencia de arqueólogo en la red argumentativa de las nuevas polémicas -¿no es, acaso, ese “espejo” de Sebrelí, una invitación a hacerlo?-, la literatura se ha visto fuertemente desplazada del centro del debate cultural. El sentido de este desplazamiento ha sido ya analizado en los distintos trabajos que se han ocupado del campo intelectual argentino de los años sesenta. En ellos se constata, como lo señala la abigarrada síntesis de Claudia Gilman, “la conversión del escritor en intelectual” en una coincidencia no libre de paradojas con el momento en que la “literatura alcanzó su pico máximo de visibilidad y contribuyó a rearmar una nueva tradición literaria latinoamericana” (2003: 19). Los años que van desde la emergencia de la generación denunciante a principios de los cincuenta hasta el colapso del campo intelectual que comportó el golpe de 1976 son, en definitiva, los mismos en que la literatura modifica fuertemente su estatuto: de interpretante o reflejo de la sociedad, pasará a ser interpretada sintomática de una realidad que la incluye y la determina.

Lo que ha ocurrido lo resume Beatriz Sarlo al señalar la emergencia como objeto crítico de “la cultura de masas, ese fantasma plebeyo que había obsesionado a los intelectuales y que, ahora, se mostraba como una dimensión que ya no podía juzgarse con la serena distancia de lo que sucedía 'en otra parte'” (2001: 131). En ese nuevo “campo cultural en el que han quebrado todas las distinciones tradicionales de la crítica y la estética” (Íbidem: 135) la literatura, como decimos, asume una nueva dimensión problemática que no es extraña al proceso de politización de ese mismo campo. Insistimos, otros (Terán, 1991; Sigal, 1991; de Diego, 2001) han tratado ya el asunto con profundidad. Evoquemos aquí solo un ejemplo muy preciso de lo que venimos diciendo: En ese mismo año de 1966 se publica en la Argentina un volumen con el sintomático título: *¿Para qué sirve la literatura?* Se trata de la traducción de una mesa redonda celebrada en Francia en la que intervinieron Sartre, Semprún, Beauvoir y Ricardou entre otros. En el prólogo que le antepone Noé Jitrik, se muestra con gran claridad el carácter controversial al que está sometida la definición de la literatura en aquel momento. Si, por un lado, Jitrik defiende la especificidad de lo literario frente a “ciertos malentendidos en que ha caído la izquierda tradicional que, de paso y gracias a esto ha engendrado situaciones tan cenagosas como [...] el plegamiento a veces ni siquiera intranquilizado del escritor al poder político” (1966: 10); el crítico espera, al mismo tiempo, que de la literatura salgan “los lentos elixires que de algún modo cambiarán si no las cosas y las conciencias, por lo menos algunas conciencias” (Íbidem: 14) y reenvía, al fin, el interrogante del título al ámbito nacional al preguntarse “¿y cuál es el poder de la literatura argentina?” (Íbidem: 17). Lo político, lo nacional, lo masivo, la lógica del compromiso y de la dependencia que se evocan este prólogo trazan apenas un esbozo, significativo pero no suficiente, de la red de condicionantes que envuelve al hecho literario a mediados de la década del sesenta.

No iremos más allá. Lo que nos proponemos, en cambio, será no tanto relevar el entramado de causas que operan en la pérdida de centralidad de la literatura, sino, más modestamente, anotar algunas de sus razones; es decir, dar cuenta del modo solidario en que dicho desplazamiento afecta a y es a su vez efecto de los sistemas de pensamiento coherentes que se encuentran en liza, precisamente, en la polémica que nos ocupa. Esto es posible, hay que subrayarlo, porque la polémica en cuestión es un temprano ejemplo de dicho desplazamiento. El estado “subterráneo” de la literatura que habíamos denunciado con anterioridad, no es mera consecuencia de la temática debatida, o mejor, aún si lo es, puede también interpretarse, a la luz de todo lo dicho anteriormente, como un “efecto de desplazamiento”. Lo temático, en todo caso, determinará los elementos que funcionarán solidariamente con lo literario, y que bajo la marca del estructuralismo serán -lo anticipamos- la alienación (desviándose hacia una determinación de lo inconsciente); y la vida cotidiana (desviándose hacia la constitución de la semiología). Veamos como ocurre.

Para ello, deberemos volver a las fuentes de la polémica: los libros de Sebrelí. Dejemos a un lado el dedicado a Eva Perón. El uso que en él se hace de la literatura pseudoconfesional como base para un psicoanálisis existencial nos llevaría por otros caminos. Centrémonos, en cambio, en *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*. Desde el comienzo, y desde distintos frentes (SEBRELI, 2003: 17), se criticó que Sebrelí usara la literatura como base documental para su retrato sociológico. El propio autor confesó, años más tarde, que su propósito inicial era “analizar la realidad de Buenos Aires a través de sus escritores” (Íbidem), y aclara también que por aquella época:

Estaba obsesionado por la relación entre la literatura y la realidad, en la línea del Sartre de *¿Qué es la literatura?* Más específicamente, interesado en una literatura y una realidad que, siguiendo los mandatos de Murena y Viñas, no podía ser otra que la argentina. [...] No tardé en advertir que la literatura argentina me atraía menos que la ciudad de Buenos Aires (Íbidem).

Como hemos visto, el “retiro” de lo literario que admite Sebrelí no debe ser interpretado únicamente en clave personal. De todos modos el autor ensayará una explicación por la vía de su evolución intelectual:

Las indecisiones del libro no derivaban tan sólo del género, sino también del contenido ideológico. Durante su escritura, me deslizaba del existencialismo sartreano puro de los tempranos años cincuenta al hegelomarxismo de los cincuenta tardíos (Íbidem).

Hay que otorgar al eclipse de Sartre -aún cuando relativo- una profunda significación para una generación que siguiendo su magisterio había hecho del escritor el modelo del

intelectual comprometido. “Durante mi juventud fui un lector voraz de novelas”, admite Sebrelí “y, como consecuencia, tuve la vaga aspiración de escribirlas” (2003: 16). Y también Masotta confiesa: “yo quería ser histórico. O bien: sabía que lo era. ¿Pero cómo convertirse en eso que uno es? No había otra manera que esta: darse una vocación. Lo hice a los veintinueve años: sería escritor” (1968: 239). La atenuación de esas posiciones está detrás del fenómeno que analizamos, y el libro de Sebrelí, aún cuando conserva buena parte de su material literario original, decantará entonces su interés hacia la relación entre vida cotidiana y alienación.

Sebrelí puede reivindicarse con justo título como un pionero en la vulgarización de ambos conceptos en la Argentina (SEBRELI, 2003: 15, 26-27); pero resulta un tanto más parcial cuando, bajo una marea bibliográfica, ahoga el antecedente de Henri Lefebvre, y lo desdeña además por reducirse “al aspecto metodológico y programático” (1964: 12). Sin duda es cierta la multiplicidad de influencias que configuran un libro como *Buenos Aires...*, Sebrelí ha hecho del eclecticismo casi un programa intelectual totalizador<sup>4</sup>. Lo que pretendemos tan solo es mostrar un paralelo francés -vacilamos en el uso del término “homología”- que sirve para iluminar algún aspecto de la polémica argentina.

Sebrelí y Lefebvre coinciden en su voluntad de prolongar el marxismo por su vertiente sociológica, pero es Lefebvre quien primero desarrolla una teoría de la alienación que sostenga dicho proyecto<sup>5</sup>:

La substancia de la vida cotidiana”, nos dice “-el 'material humano en crudo' con su simplicidad y riqueza- horada toda alienación y establece la 'desalienación'. Si tomamos los términos 'naturaleza humana' dialécticamente y en su sentido pleno, debemos decir que la crítica de la vida cotidiana estudia la naturaleza humana en lo que tiene de concreto. (LEFEBVRE: 1991: 97)<sup>6</sup>

A mediados de los años sesenta Sebrelí todavía cree, como Lefebvre, en la posibilidad de una desalienación total, de una liberación absoluta de esa naturaleza humana a través de lo cotidiano. El filósofo francés expresa así su propósito:

Lo único que debemos hacer sencillamente es abrir los ojos, dejar atrás el oscuro mundo metafísico y de falsas profundidades de la “vida interior” y descubrir la inmensa riqueza humana que contienen los hechos más humildes de la vida cotidiana. [...] Ese rico contenido de vida está todavía más allá de nuestra

---

<sup>4</sup>“Yo quisiera -lo confieso- escribir [un libro] que sea la suma de todos los libros y autores que he leído en el transcurso de mi vida de lector” (SEBRELI, 2003: 17).

<sup>5</sup> Para una historia del desarrollo de la teoría de la alienación en el pensamiento de Lefebvre, así como de sus distintas fuentes, véase TREBITSCH, 1991 y en especial pp. xiv-xx.

<sup>6</sup> En todos los casos, para las citas de Lefebvre, la traducción es nuestra.

conciencia vacía, oscurecedora, habitada como lo está por impostores, y saturada por las formas de la Razón Pura, por los mitos y su poesía ilusoria. (1991: 132)

Esa misma concepción del mito como ilusión que debe superarse la heredará Sebrelí y la reencontraremos en la base de su malentendido con Verón. “Vivimos en una época de mitos”, declarará, “el estructuralismo ha agregado uno nuevo: el mito del mito”. Si no va más allá en su análisis del fenómeno, es precisamente porque se lo impide su concepción de la desalienación ligada a una vida cotidiana cuyo contenido es básicamente experiencial. El hombre de la crítica de la vida cotidiana es “el hombre de la praxis” (TREBITSCH, 1991: xx), tanto para Sebrelí como para Lefebvre. Con este sujeto como protagonista, el pensamiento de Lefebvre se encamina, en definitiva, a matizar la teoría histórica del “salto” desde una sociedad capitalista a una sociedad sin clases por vía de la revolución:

Esta teoría tiende a apoyar el gran mito moderno de la Revolución como acto total, corte radical, renovación absoluta. Resulta por lo tanto apropiado enfatizar que el paso de la necesidad a la libertad y de la alienación a la realización requiere un largo período de transición. (1991: 65)

Siguiendo este hilo, observamos que una tal concepción de sociedad transicional abre la puerta a que todas sus producciones puedan -y deban- ser analizadas desde la perspectiva del ciclo alienación-desalienación:

En la medida en que está avanzando hacia el hombre total, en otras palabras, atravesando la alienación -y quizás la alienación en su punto máximo-, el hombre transicional se está “desalienando”. Por lo tanto, podemos mantener nuestros conceptos filosóficos en la medida en que los hagamos concretos y los veamos histórica y sociológicamente, extendiendo así los desarrollos emprendidos por Marx, que concretizó el concepto inicialmente filosófico de alienación aplicándolo a objetos económicos. Esto nos obliga a investigar documentos y obras (literarias, cinematográficas, etc.) como pruebas del nacimiento de una conciencia alienada, aunque sea indirectamente, y del comienzo de un esfuerzo hacia la desalienación, sin importar lo oblicuo u oscuro que éste sea. (1991: 66)

Esta perspectiva y todo este entramado conceptual son compartidos por Sebrelí cuando se propone describir “tanto a la historia haciendo a los hombres como a los hombres haciendo la historia” (1964:12) y está en la base -aunque él mismo nunca los elabore- de su empirismo sociológicos cuando declara:

No comparto con los sociólogos académicos el desdén por el impresionismo -vinculado a la literatura, el arte y el periodismo- que mediante la observación directa o la tradición oral -recogida también por diarios íntimos, correspondencia, autobiografías- capta la inmediatez de la realidad en movimiento. (2003: 19)

Se consagra así la pérdida de centralidad de la literatura iniciada con el alejamiento de las posiciones estrictamente sartreanas, y se establecen además los puntos de desentendimiento con la semiología de Verón.

La teoría de la alienación y la semiología comparten, es cierto, un mismo objeto total que se resume en “lo social”; pero las aleja su enfoque. El esfuerzo de Saussure, que es, como se sabe, quien da nombre y alcance a la nueva disciplina, es fundamentalmente antiempírico. Barthes, que por aquellos años se halla empeñado en impulsarla -y que es, por otra parte, el sustento teórico básico de Verón-, la somete a un giro radical. Si Saussure la imagina como una “ciencia general del signo” que incluya a la lingüística; el autor de los *Elementos de Semiología* la presenta como sigue:

Objetos, imágenes, comportamientos pueden, en efecto, significar y significar ampliamente, pero nunca de un modo autónomo: todo sistema semiológico tiene que ver con el lenguaje (1970: 9).

Nos ubicamos así a un paso del “il n'y a pas de hors texte” derridiano, otra de las vías de crisis de lo específico literario por su disolución en “lo textual”. Al mismo tiempo, dotamos de contexto teórico a las críticas de Verón a Sebrelí con las que comenzábamos este trabajo. Si lo social se identifica con lo lingüístico, no es el hombre lo que está alienado, sino el lenguaje. No es, pues, mero prurito cientifista lo que separa a ambos autores, sino una cuestión de fondo, y es en base a ella que Verón podrá reprocharle a Sebrelí que trate empíricamente los discursos que analiza, como cosas, y no como hechos de lenguaje.

Se comprende pues, en toda su dimensión, la cita definitiva de Lévi-Valensi que Masotta, con gran perspicacia, utiliza para encabezar su intervención en la polémica: “El lenguaje enajenado nos enajena”. (Masotta, 1968: 248)

Pero la entrada de Masotta a la cuestión es por otro ángulo. En 1965 ha publicado ya su artículo inaugural *Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía*. Confiamos en que el cruce de saberes que acabamos de rastrear contribuya a iluminar su noción de lo “sui generis” como rasgo epocal de la producción intelectual, pero para el Masotta de 1966, conceptos como vida cotidiana o alienación remitirán principalmente a la *Psicopatología de la vida cotidiana*, y su objeto, que es también total, encontrará la fórmula de esa misma totalización en una frase de ese trabajo de Freud “[es] completamente imposible componer intencionada y arbitrariamente algo falto en absoluto de sentido”. Si no hay sinsentido, hay



síntoma, y antes que de alienación, habrá que hablar entonces de opacidad de la conciencia. Sus “Anotaciones para un psicoanálisis de Sebrelí” insistirán en su proyecto crítico de desvelar “una conciencia parpadeante, que alternativamente vela y descubre su propia trampa imaginaria” (STEIMBERG, 1999). Por su parte, lo “social”, ese nuevo objeto que, por los derroteros que hemos visto, ha venido a substituir a lo literario en el centro del debate cultural, se verá a su turno enteramente determinado por la categoría de lo inconsciente. Para ilustrarlo, y para terminar así con nuestro periplo, recordaremos una conocida cita de Lacan, perteneciente a su intervención en el congreso de Baltimore de 1968 y que el mismo Masotta antepondría años más tarde a sus *Lecciones de introducción al psicoanálisis*:

I could see Baltimore through the window and it was a very interesting moment because it was not quite daylight and a neon sign indicated to me every minute the change of time, and naturally there was heavy traffic, and I remarked to myself that exactly all that I could see, except for some trees in the distance, was the result of thoughts, actively thinking thoughts, where the function played by the subjects was not completely obvious. In any case, the so-called *Dasein*, as a definition of the subject, was there in this rather intermittent or fading spectator. The best image to sum up the unconscious is Baltimore in the early morning.

## Bibliografía

DE DIEGO, José Luis (2001). *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata, Ediciones Al Margen.

GILMAN, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

JITRIK, Noe (1966). “Poder e impotencia de la literatura” en SARTRE, de BEAUVOIR et al.: *¿Para que sirve la literatura?*, Buenos Aires, Proteo.

MASOTTA, Oscar (1968). *Conciencia y Estructura*, Buenos Aires, Jorge Álvarez [citado por la reedición de Eterna Cadencia, 2010].

SARLO, Beatriz (2001). *La batalla de las ideas*, Buenos Aires, Emecé.

SARTRE, Jean-Paul; de BEAUVOIR, Simone, et al. (1966). *¿Para que sirve la literatura?*, Buenos Aires, Proteo.

SEBRELI, Juan José (1997). *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, Buenos Aires, Sudamericana.

---, 2003: *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación seguido de Buenos Aires, ciudad en crisis*, Buenos Aires, Sudamericana.

VIII Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria Orbis Tertius  
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria - IdIHCS/CONICET  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Universidad Nacional de La Plata

SIGAL, Silvia (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, El cielo por Asalto.

STEIMBERG, Oscar (1999). “Una escena polémica entre psicoanálisis y semiótica” en JITRIK, Noé: *Historia crítica de la literatura argentina*, volumen 10, Buenos Aires, Emecé.

TERÁN, Oscar (1991). *Nuestros sesentas*, Buenos Aires, El cielo por asalto

TREBITSCH, Michel (1991). “Preface” en LEFEBVRE, Henri: *Critique of Everyday Life*, Nueva York, Verso.

VERÓN, Eliseo (1968). *Conducta, Estructura y comunicación*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.